

GUILLERMO RANDLE, SJ ¹

La sabiduría espiritual en las Madres del desierto (siglos III - VI)

Introducción

Nuestro título obedece a dos motivos. El primero, referido a la sabiduría espiritual, se debe a que experimentamos en el Pueblo de Dios, cuando no también en algunos de sus pastores, un ámbito mental constituido por dos criterios prevalentes: “tener razón” o “tener la culpa”, en los que se enfatiza la inteligencia, que hace “capaz” al otro, y la moral, que lo hace “santo”, pero sin aparecer el criterio espiritual para diferenciar qué espíritu mueve los pensamientos en uno u otro caso, y llegar así a ser personas verdaderamente espirituales y maduros como cristianos (*I Co* 14, 20) ². Todo ello agravado por una “educación” que se limitó a enseñar a juzgar y a manifestar ideas, pero no lo que nos pasa, ni cómo nos llega, vivimos o sentimos lo que nos rodea. Limitación enorme para la comunicación (el amor) y el diálogo, y en consecuencia, para toda relación humana, desde la amistad, pasando por el matrimonio y la familia, y siguiendo por la vida comunitaria consagrada, con un ingrediente sociopolítico favorable para los grupos de poder, como es tener pueblos que no manifiesten lo que sienten.

El segundo motivo, es sacar del olvido a quienes, junto con los “*abbas*” del desierto, plantaron las raíces de la espiritualidad cristiana. Como así también completar con este capítulo, de alguna manera y en alguna medida, obras como la de Gabriel Bunge ³.

¿Se ha de atribuir su olvido a una minusvaloración de la mujer, a pesar del número y peso histórico que tuvieron algunas de ellas, como podremos comprobar a continuación? ¿O tal vez a una Iglesia que fue cayendo –sobre todo a partir del siglo XVIII– en el olvido de un valor sustancial y clásico de la espiritualidad, consustanciado con las madres del desierto? Tal es el caso del ejercicio de la sabiduría espiritual, llamado discernimiento, como instrumento para la búsqueda y hallazgo de la Verdad ⁴.

Entre aquéllas nombramos en primer lugar a Sinclética de Egipto, madre de las monjas del desierto, imbuída de espíritu de sabiduría en quien ejerció su influencia Evagrio Póntico, acreedor de un prestigio universal por su don del discernimiento ⁵; Teodora, colega del arzobispo Teófilo de Alejandría, consultada a menudo por los monjes acerca de la vida monástica; Asella, entre cuyos amigos y padres espirituales están Jerónimo, Atanasio de Alejandría y el historiador Paladio; Cesárea la Patricia, colega de Juan de Éfeso y Severio de Antioquía; y Florencia, relacionada con san Hilario de Poitiers.

A ellas debemos sumar las que fueron diaconisas, tales como Basilina; Dionisia; Domnica, que adquirió reputación por su don de discernimiento; Eusebia hospitalaria;

Gorgonia de Nacianzo; Justina; Magna y Martana.

Pero sobre todo es digna de mención, Melania la Mayor, quien recibió en Jerusalén como a hijo y apoyó como verdadera madre espiritual a Evagrio Póntico antes de retirarse éste al yermo –“fundador del misticismo monástico y el autor espiritual más fecundo e interesante del desierto egipcio”, según Quasten ⁶. Pero hay un testimonio más elocuente. Es el hecho de haberle enviado Evagrio una carta donde está lo esencial de su metafísica y de los grados místicos más elevados, por lo que se ve que no consideraba a las mujeres ser incapaces de llegar al conocimiento más alto ⁷.

Así también no podemos dejar de nombrar a Olimpia, en quien Juan Crisóstomo y otros teólogos hallaron una hábil colega con quien podían debatir y explorar temas teológicos. Muchos buscaron su consejo, e influyó en los asuntos de la Iglesia. Fue soporte de Gregorio de Nisa, Basilio el Grande y Macrina.

Y por último, Popila; Romana de Antioquía; Sabiniana; Severa; Susana y Vetiana, entre otras muchas, de las que, por ejemplo, sólo nombra dos de ellas una importante obra sobre el tema, como es *El monacato primitivo* de García M. Colombás, OSB, BAC, Madrid, 1975, y lo mismo ocurre con una edición de los *Apotegmas de los padres del desierto*, Editorial Lumen, Buenos Aires, 1979, donde se citan 92 padres y sólo dos de las madres.

1. ¿Quiénes eran?

En realidad ya no hace falta presentarlas, pero en general podemos decir que las Madres del monacato primitivo de los desiertos de Egipto, eran mujeres que, llenas del Espíritu Santo, estaban dotadas de una verdadera maternidad –no de una meramente legal y metafórica– por medio de la que comunicaban la vida del Espíritu, engendraban hijas e hijos según el Espíritu, hasta formar en ellos auténticos monjes, que, a su vez, llegaron a ser “madres” y “padres” a fin de perpetuar sobre la tierra el linaje de amigos de Dios engendrando espiritualmente a otros hijos. Esta maternidad espiritual no tenía nada que ver con el sacerdocio. Lo prueban, entre otros argumentos, el hecho de que también hubo mujeres que fueron consideradas como “madres espirituales”.

La que poseía el Espíritu recibía el título de “*amma*” o “madre”, que corresponde al título de “*abba*”, como lo advierte expresamente Paladio ⁸. “*Amma*”, vocablo que

recuerda el semítico *em(ma)*, emparentado con el copto *mau*, no implica necesariamente el ejercicio de la maternidad espiritual, sino la capacidad de ejercerla; por eso sería un error traducir siempre este nombre por el de “abadesa” o “superiora” de una comunidad femenina. Muchas santas mujeres tuvieron escondida su alta calidad espiritual, mientras otras, llegada la oportunidad, guiaron almas por los caminos de Dios entre los siglos III y VI⁹.

2. Rasgos fundamentales de su espiritualidad

¿Cómo fueron las Madres del monacato? ¿Qué rasgos espirituales fundamentales distinguimos en ellas?¹⁰ : en primer lugar, el realista y experiencial concepto de la vida espiritual como lucha, propio de la espiritualidad judeo-cristiana. En segundo lugar, como consecuencia de esta realidad conflictual, la necesidad de la presencia imprescindible del ejercicio de la sabiduría o discreción, llamado discernimiento de espíritus¹¹, junto con la caridad discreta o ejercicio maduro, fuerte y radical de la misma según las circunstancias¹².

Respecto a la vida espiritual como lucha y al discernimiento de la misma, dice Laura Swan, Priora del Monasterio benedictino San Plácido de Lacey, Washington, en su libro *Las madres del desierto*, que iremos rastreando sobre nuestro tema: “*El amma viajaba y luchaba al lado de la discípula, pero mantenía la distancia necesaria para el discernimiento*”¹³.

Este texto señala el ya anticipado concepto de la vida espiritual como lucha, tanto para el “*amma*” como para la discípula, de lo que se sigue una vez aceptada esa realidad, el hecho de que recién entonces podemos hablar, y no antes, acerca del discernimiento o diferenciación en nuestro propio corazón de las partes en conflicto. En otras palabras, debemos reconocer el valor de nuestra lucha interna mientras buscamos ser las personas que Dios quiere que seamos, porque ella es, no sólo señal de que tenemos vida espiritual, sino que su conflictividad nos permite diferenciar los términos contrarios y así, no sólo salir de la confusión, sino seguir a un Cristo presente y no a un Dios ausente. Pero al mismo tiempo el “*amma*” mantenía la distancia necesaria que le permitía, con discreción, conmoverse pero no conmocionarse con lo comunicado acerca de la lucha por la discípula, a fin de no caer las dos en una misma dificultad, con lo cual ya no sería de ayuda para aquélla.

¿Cómo era esa comunicación entre “*amma*” y discípula? Nos dice Swan que “*era abierta y franca*”, es decir, más a nivel de deseos y afectos que de “ideas”, porque estas

pueden ser muy bonitas pero no reflejar “*la pugna*” (que se desarrolla) “*dentro de su corazón*”¹⁴, es decir, el conflicto entre dichos deseos y afectos que la movían hacia fines contrarios. En otras palabras, se trata de la apertura del alma, es decir, de los pensamientos, las inclinaciones, las sugerencias, los impulsos interiores, y es mucho más que la simple confesión de los pecados¹⁵. “*Y el amma no ocultaba su propia humanidad*”, o sea, que se mostraba comprensiva y orientadora, por propia experiencia, acerca de lo comunicado.

“*La sabiduría y el conocimiento para lidiar con pasiones descontroladas o falsas*”, continúa diciéndonos Swan, “*se adquirían a través de una vida larga y sacrificada. Estas mujeres eran conscientes de la necesidad de comprenderse a sí mismas y de la importancia de asumir responsabilidad por las acciones propias*”¹⁶. En otras palabras, eran conscientes no sólo de la necesidad de diferenciar lo que pasaba por sus almas, sino también como finalización de esto mismo, de la importancia de tomar decisiones por lo discernido como positivo y el rechazo de lo negativo.

3. El parámetro del discernimiento

¿Con relación a qué parámetro discernían o vigilaban? Con relación a las Escrituras¹⁷, más en concreto, con relación al espíritu de Cristo y de su Evangelio.

¿Qué actitudes ayudan a este discernimiento? Por un lado, el silencio interior, preñado de la presencia de lo divino, que en esencia es ponerse a la escucha de lo que pasa por el alma para discernir mejor aquello que es sagrado¹⁸. En efecto, estar atentos a los flujos y reflujos del Espíritu era fundamental para detectarlo. Se necesitaba una atención quieta y concentrada para que fuese fructífero. El verdadero discernimiento no presupone cómo se moverá el Espíritu, ni lo que dirá Dios. En esta vida de escucha cultivada, los ascetas estaban abiertos a lo inesperado, al Dios vivo, a veces incómodo porque desinstala.

Por otro lado, esto mismo exige como actitud fundamental para discernir, la libertad interior o disponibilidad. Sin ella, es una utopía pretender hacerlo. Para esto es que las “*ammás*” imbuían sus mentes y corazones en el parámetro de Cristo a fin de ser no sólo capaces de poder captar los signos de la presencia y acción de Dios¹⁹, sino de asumir, sin interpretaciones subjetivas, lo que Dios ponía en voluntad realizar y comprobar luego su autenticidad en la vida concreta.

4. Verdaderas psicólogas y madres espirituales

Cuando se escucha hoy que lo psicológico recurre a lo espiritual, más en concreto, al discernimiento²⁰, y no al revés, como pasó hasta no hace mucho, valoramos más aún el aporte experiencial e integral de las madres del desierto. Al respecto nos dice Swan:

El camino del desierto de “amma” y discípula era un trabajo arduo, toda una vida de intentar redirigir cada aspecto del cuerpo, la mente y el mundo interior hacia Dios²¹.

En otros términos, se trataba de diferenciar y reorientar, con relación al espíritu de Cristo y su Evangelio, cada uno de los tres niveles de realidad de la persona humana: el corporal, el psicológico y el espiritual, por medio del discernimiento como ayuda integral. Es a lo que se refiere *amma* Teodora²² cuando en una de sus máximas espirituales o apotegmas, nos dice que:

*Es verdaderamente una gran cosa para un asceta vivir en paz, especialmente para los más jóvenes. Sin embargo, deben darse cuenta de que apenas intentan vivir en paz, el mal sobreviene en seguida y contamina el alma con acedia, falta de coraje y malos pensamientos (**nivel psicológico**).*

*También ataca el cuerpo con enfermedad, agotamiento, debilidad de las rodillas y de todos los miembros. Disipa la fuerza del alma y el cuerpo de manera tal que uno cree que está enfermo y ya no puede orar (**nivel corporal**).*

*Pero si estamos atentos, todas estas tentaciones desaparecen (**nivel espiritual**)²³.*

En esta última frase, al involucrar finalmente lo acontecido a nivel psicológico y corporal como tentaciones, ¿quiere decir que reduce todo al nivel espiritual? No. Sino que sin negar la realidad de dichos niveles, entiende que todo lo que en definitiva dificulta pasar adelante, sea en el nivel que sea, hacia el logro de la paz interior, es tentación u obstáculo y encuentra su explicación última y profunda a nivel espiritual. Por tanto, mientras la persona no llegue a percatarse a este nivel, del mal, perjuicio o daño que le ocasiona dicha dificultad y no reaccione haciendo lo contrario, seguirá girando en torno a la misma.

Esto quiere decir que cada realidad de vida tiene su nivel propio, pero cada uno es más

profundo que el otro, comenzando por el corporal, pasando por el psicológico y terminando en el espiritual. Y a su vez, se interrelacionan, en el sentido de que, por ejemplo, se somatizan experiencias de los otros dos niveles, o el temperamento abre la puerta a posibles tentaciones, o lo psicológico ayuda o traba la actitud espiritual, o ésta posibilita la convivencia con problemas psicológicos, sin negarlos.

Consideramos importante para la vida espiritual, la observación hecha por *amma* Teodora al comienzo del texto citado, cuando advierte que “*deben darse cuenta de que apenas intentan vivir en paz, el mal sobreviene enseguida*”. En otras palabras, deben advertir que si intentan vivir en paz interior, deben prepararse para vivirla en medio de una lucha real y continua, que consiste en diferenciar claramente en medio del conflicto, lo que nos da esa paz, de lo que nos la quita, a fin de decidimos por ella, o de lo contrario, entonces sí que la perdemos y nos confundimos cada vez más ²⁴ .

Más aún, *amma* Sinclética nos enseña que: “*Cuanto más progresan los atletas, se enfrentan con adversarios más fuertes*” ²⁵ , o sea, que por el hecho de ser lucha la vida espiritual, quiere decir que hay un adversario, a quien Jesucristo llama “padre de la mentira” y “homicida desde el principio” (*Jn* 8,44). Por ello nos exhorta a que:

Es preciso que nos armemos de todas las formas posibles en contra de los demonios. Pues ellos nos atacan desde afuera, y también nos agitan interiormente; y el alma se vuelve entonces como un barco azotado por grandes olas, y al mismo tiempo se hunde porque está demasiado cargado de agua (de cosas superfluas) ²⁶ .

Con respecto al comentario de Laura Swan ²⁷ a este texto, disentimos cuando dice que “*los cristianos primitivos no tenían el lenguaje de la psicología para describir sus experiencias de zozobra interior; todo era atribuido a la actividad demoníaca*” ²⁸ . A esto respondemos diciendo que en el desierto tenían, como pudimos observar en los textos de las *amm*s Teodora y Sinclética, no sólo el lenguaje de la psicología, sino que algunas eran verdaderas psicólogas, pero no se detenían en ese nivel, sino que también tenían conciencia del más profundo ámbito espiritual, donde pueden darse ciertamente, tanto la actividad divina como la contraria a la divina. Y es ahí, precisamente, donde juega su rol primordial el discernimiento de espíritus para ser cristianos maduros y no hojas llevadas por el viento.

En efecto, como lo ha notado con razón I. Hausherr ²⁹ , refiriéndose a los Padres, no es ningún anacronismo ni exageración, hablar de monjes psicólogos o de los psicólogos del desierto, y lo mismo podemos decir, como lo hemos comprobado, de algunas de las Madres. Basta abrir sus obras o considerar algunos de sus apotegmas, para darse cuenta que cultivaron la psicología experimental y aún el psicoanálisis, no considerándolos

como un fin, sino usando de ellos tanto cuanto fuese necesario, como meros auxiliares de la discreción de espíritus. Para ellos, la *diácrisis* o discernimiento, era en sus grados superiores, un carisma, un don de Dios; pero no por eso se sentían dispensados de servirse, en la lucha espiritual, de las facultades y recursos naturales, y se entregaron con minucioso interés al estudio del misterioso corazón humano.

De este modo, estos psicólogos del desierto conocieron perfectamente lo que llamamos inconsciente, como lo demuestra esta frase atribuida a Evagrio: *“Muchas pasiones están escondidas en nuestra alma y escapan a la atención; cuando sobreviene la tentación, las pone de manifiesto”*. Enseñan también que, al aflorar a la superficie de la conciencia una sugestión, hay que descomponerla en sus diversos elementos, en orden a no perder la cabeza viendo el mal en donde no existe. Distinguen las zonas psíquicas: humana o animal, racional o afectiva. Recomiendan que se examine si la causa de una determinada reacción psíquica es de orden físico y externo, o de orden espiritual e interno. De este modo, a base de análisis y síntesis o tomas de decisión, de psicología experimental y discernimiento, los psicólogos del desierto llegaron a poseer un profundo conocimiento de la persona humana y cómo ayudarla a encaminarse en la vida.

Este profundo conocimiento los llevó asimismo a preguntarse si, aparte de los pensamientos que salen de nuestro querer y libertad, ¿sólo existen pensamientos positivos que vienen de afuera?, ¿o también negativos? Ahora bien, dado que los positivos son de Dios, los negativos que no salen de nuestro querer y libertad, sino que vienen de fuera, ¿de quién son? De quien se interpone en nuestra relación con Dios, el adversario de la naturaleza humana. Esto no es falta de lenguaje psicológico en los primeros cristianos, sino más bien posesión de uno más profundo, como es el espiritual, que impide quedarse en interminables análisis, para llegar en cambio, por medio del discernimiento, a síntesis o tomas de decisión en la vida. Por ello dice que no sólo *“debemos estar atentos a las embestidas de la gente que provienen desde afuera de nosotros”*³⁰, sino también, *“repeler los ataques internos de nuestros pensamientos”*³¹

En otras palabras, estar vigilantes para rechazar lo que nos desayuda, sea a nivel espiritual o psicológico, o en el caso contrario, para recibir lo que nos ayuda o hace bien en ambos niveles. En esta diferenciación por el sentido y en la decisión por lo positivo está, nada más y nada menos, que el crecimiento de la persona en sus dimensiones psicológica y espiritual, o como persona humana y en la fe, que para el cristiano es decisión por Cristo.

En resumen, en las experiencias de distintos casos se pueden dar interpretaciones a un triple nivel: corporal, psicológico y espiritual. Y las tres son válidas, cada cual en su orden; y ninguna de las interpretaciones contradice a las otras, aunque el juicio

espiritual del discernimiento sea el que siempre hay que dar, si queremos llegar al fondo del problema y ser personas verdaderamente espirituales ³², como lo fueron los padres y las madres del desierto.

5. La lucha y la paz

En este ámbito bélico que conforma la vida espiritual ¿la paz interior es posible? Sí, pero como agrega Swan -posiblemente en una mala traducción del inglés-: “*Esta paz no es falta de confusión*” ³³. Entendemos, en cambio, que lo que quiso decir la autora es que no se trata de la paz de los cementerios (porque si hay confusión no hay paz), sino más bien que se trata de la paz de los mortales, que implica lucha, en la que, si discernimos las partes de la misma no hay confusión y la paz se mantiene inalterable. Y agrega. “*Esta paz... es más bien una fuerza que se encamina hacia la vida, integrando la mente, el cuerpo, el alma y el espíritu*”. Diríamos nosotros, apoyándonos en el Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* n° 37, que es una confortación espiritual que se encamina en el hombre, con la ayuda de la gracia de Dios, hacia “la unidad en sí mismo”, sinónimo de santidad, integración de cuerpo, alma y espíritu, o hacia una vida que “cierra” en Cristo.

6. El discernimiento como vigilancia

Ahora bien, ¿qué actitud requiere esta lucha continua? Lo que era el objetivo del camino por el desierto: “*Una vigilancia reflexiva*” ³⁴, nos dirá Swan inspirada en las “*ammas*”, o una vez más, decimos nosotros con otras palabras, un discernimiento reflexivo, por cuanto el vigilante o centinela diferencia o discierne si el que va es “de los nuestros” o “de los otros”. ¿En orden a qué? A un seguimiento más cercano de Cristo. Se trata pues, de discernir entre lo bueno y lo mejor, y no simplemente entre lo bueno y lo malo. Este discernimiento o vigilancia reflexiva, requiere por tanto, una sensibilidad bien arraigada, una sutil atención al mundo interior de cada uno como también al mundo que transita cada uno, o como enseñan las “*ammas*”, requiere pureza de corazón (*apatheia*), la que permite profundizar nuestra capacidad de amor y deseo de Dios, es decir, un abandono voluntario de todo aquello que nos impide la búsqueda resuelta de Dios, búsqueda en la que debemos vigilar esas “fronteras permeables” en las que podemos ser engañados para abandonar la sencillez y adherir a la complejidad o a la confusión bajo apariencias de lo negativo disfrazado de positivo. Así eran disciplinadas las emociones fuertes y las tendencias negativas o raíces de pecado para estar al servicio del viaje interior y no alterarlo.

7. El discernimiento en los dichos de las Madres del desierto

Antes de considerar otros dichos o apotegmas de las “*ammās*” desde el discernimiento, nos recuerda una vez más Laura Swan a la vida como lucha espiritual, hecho que justifica hablar de discernir sus partes confundidas o en conflicto. En efecto, en los dichos de las “*ammās*” se trata, por un lado, de la lucha existencial para captar a Dios y hacerse amigo de Él, como así también de la importancia de la perseverancia en la misma. Por otro lado, como consecuencia de esto, trata sobre el hecho de que ser tentados o dificultados es frecuente y normal ³⁵, más aún, superadas las dificultades crecemos y maduramos, siempre que de verdad luchemos. Todo lo cual exige la presencia del ejercicio de la sabiduría para diferenciar lo que nos pasa y saber encaminarnos en la vida. Así nos lo dice realista y crudamente *amma* Sara con el término “combate”:

Se contaba de amma Sara que durante trece años libró combate contra el demonio de la fornicación. Nunca rezó para que cesara la batalla, pero dijo: “Oh Dios, dame fuerzas” ³⁶.

Discurría bien Sara sobre quiénes son los protagonistas en el combate: el adversario, ella y Dios. En otras palabras, nos está diciendo que la vida espiritual no es un idilio entre Dios y yo. Como asimismo, que el adversario no es enemigo de Dios, porque Él no tiene antípoda, sino enemigo nuestro. Por eso Sara pide a Dios: “*dame fuerzas*”. Es decir, no reza para que cese la batalla, como no rezamos nosotros para que cese la tentación en el “Padre nuestro”, porque así es la vida ³⁷, sino para tener fuerzas en la lucha, es decir, para saber diferenciar en su seguimiento lo que nos ayuda y nos desayuda, y no ser confundidos en la decisión.

Así también, *amma* Sinclética con el término “batallas” nos dice que:

Al principio hay una gran cantidad de batallas y mucho sufrimiento para aquellos que están buscando a Dios y, luego, un gozo inefable ³⁸.

O sea que, por un lado, era conciente que el cambio o conversión de un modo de vida a otro, es a menudo doloroso y contraproducente si no se llena el vacío de lo negativo con lo positivo. Por otro lado, era sincera con sus seguidoras, pero les dejaba la esperanza de que el esfuerzo por cambiar de mente y de corazón –a través de la lucha espiritual–

también lleva al gozo.

Esta “*amma*” era conocida por su profundo don de discernimiento de espíritus. Tenía una aguda percepción de lo que estaba sucediendo en la batalla o guerra invisible, ésa que profundiza nuestra vida interior. Por ello exhorta a que:

*Vigilemos (o discernamos): ya que es por nuestros sentidos, incluso aunque no lo queramos, que entran los ladrones. En efecto, ¿cómo no habría de ennegrecerse una casa con el fuego que se dirige sobre ella desde el exterior si las ventanas están abiertas?*³⁹ .

Por supuesto que *amma* Sinclética no deja de enseñar que lo que importa a la persona espiritualmente madura es saber “leer”, más allá de los hechos, el revés de la trama, es decir, quién inspira los pensamientos. Por esto se plantea lo siguiente:

*¿Por qué odiar a quien te ha perjudicado? No es esta persona quien te ha hecho daño, sino el maligno. Odia la enfermedad pero no al enfermo*⁴⁰ .

A esto debemos señalar que en su comentario Laura Swan se queda sin embargo, en el tema del enojo, sin resaltar más allá de esto ese revés de la trama, o quién es el que anda entre bambalinas e impulsa el daño. Como bien enseña, por ejemplo, Jorge Govorov, obispo de Vladimir y Tambov, conocido como Téofano, el Recluso (1815-1894) cuando nos dice que:

*En lo que nos concierne, no debemos olvidar de dónde viene la tempestad, ni quién la provoca, no volcar nuestra enemistad hacia los hombres, sino únicamente hacia aquél que, por detrás de ellos los impulsa y conduce todo el asunto*⁴¹ .

Más adelante, en otro de sus dichos, *amma* Sinclética se interroga para saber cómo discernir, cuando por ejemplo:

*Hay un ascetismo que está determinado por el enemigo, y sus discípulos lo practican. Entonces, ¿cómo hemos de distinguir el ascetismo divino y real de la tiranía demoníaca? Sencillamente a través de su calidad de equilibrio*⁴² .

En otras palabras, exhorta a sus seguidoras a un ascetismo arraigado en el discernimiento, puesto que si éste no está, la virtud no es más que vicio. Hemos de discernir uno y otro ascetismo por su discreción, sabiduría o prudencia y ejercitar el discernimiento para vivir con mesura, porque es muy fácil caer en el extremo engañoso y confundido de que “más rígido es mejor”, como si la rigidez fuese en abstracto y siempre absolutamente algo positivo. Concepto que, además, no está en el Evangelio. Sabía que las obsesiones y el perfeccionismo movilizan a mucha gente cuyo ascetismo no está basado en la libertad personal y sofocan al Espíritu. Se preocupa en cambio, por el motivo adecuado detrás de la práctica ascética, porque cuando ésta es verdadera, profundiza nuestro sentido de paz y alegría interior y nos acerca a Dios y a los otros.

Es por lo dicho que *amma* Sinclética agrega lo siguiente, como algo vital para la lucha que es la vida espiritual, en otro de sus apotegmas: “*Debemos dirigir nuestras almas con discernimiento*”⁴³, porque, por un lado, es a través de él que llegamos a conocer nuestro verdadero ser, como también el falso ser en el cual tanto hemos invertido. Y por otro lado, porque exige que nos pongamos a escuchar profunda y atentamente a nuestros corazones para encontrar nuestro verdadero ser y a Dios en todas las formas que Él elige para comunicarse con nosotros, con lo cual permitimos que se nos desafíe y abra la cabeza para buscarlo hasta las últimas consecuencias. De esto es fácil deducir que mentes estrechas, psicologías inseguras y espiritualidades inmaduras, no puedan discernir.

Por último, *amma* Sinclética nos enseña a discernir el sentimiento de la tristeza que, como todo sentimiento, es ambiguo, es decir, que puede ser buena o no según sea su sentido. Por esto nos dice que: “*Hay una tristeza que es valiosa y hay una tristeza que es destructiva*”⁴⁴. Ahora bien, ¿cómo discernir a una de otra? En el hecho de que una construye, mediante el dolor del pecado en uno y en los demás, la unión con Dios. Mientras que la otra, destruye este proyecto mediante la *acedia* o inhabilidad de comprometerse con el camino espiritual; un descuido, apatía, indiferencia o pereza hacia la intensa tarea interior de conversión y transformación; un fracaso de apropiarse de valores cristianos, que a menudo se manifiesta a través de una conducta pasiva-agresiva hacia la comunidad de fe. En una palabra, discierne la tristeza por los frutos⁴⁵, donde finalmente el enemigo queda al descubierto, por muchas astucias que haya tenido a un comienzo.

Por tanto, dado que no es posible luchar con dicho descuido y desidia, dijo también *amma* Sinclética: “*Hijos míos, todos queremos ser salvados, pero a causa de nuestro hábito de negligencia, nos apartamos de la salvación*”⁴⁶. Esto se debe a que la negligencia no es otra cosa que dejadez y abandono, y dado que la vida espiritual es lucha, no hay peor dificultad que aquella. De la que se siguen, como enseñará en el siglo XIII san Buenaventura, las agresividades y los deseos desordenados. Pero desde ya que lo que importa vivir, son sus contrarios: la diligencia, la benevolencia y la sobriedad.

Vemos así, que la conciencia de la realidad espiritual bélica está permanentemente

presente en las “*ammās*”, sin ser por esto algo que las tensione o haga vivir sobresaltadas, porque si hay tensión y sobresalto hay mal espíritu, sino por el contrario, como algo tan asimilado que el discernimiento se les hizo connatural e intuitivo, pero no por esto subjetivo, dado que no debemos olvidar la objetiva pauta que nos da Cristo para discernir: los frutos o efectos en la vida concreta.

8. ¿Qué es para las Madres la persona espiritual?

¿Cuál era para las “*ammās*” la cualidad propia de la persona espiritual? Nos lo dice *amma* Sinclética, trayendo a colación el Evangelio:

Está escrito: “Sean tan sabios como serpientes y tan inocentes como palomas” (Mt 10,16). Ser como serpientes significa no ignorar los ataques y ardidés del demonio. Lo semejante es rápidamente conocido por lo semejante. La simplicidad de la paloma denota pureza de acción⁴⁷.

La cualidad propia de la persona espiritual es pues, ser como serpiente, es decir, sagaz para conocer los engaños y malicias del enemigo⁴⁸, porque ignorarlo es riesgoso, y carecer del conocimiento de sus ardidés nos priva además de poder contrastarlos con lo que es de Dios para discernir más claramente a uno y otro.

La simplicidad de la paloma, en cambio, nos señala la importancia de la serenidad y paz interior para detectar la presencia y acción de Dios y del adversario y así estar preparados para recibir las gracias o rechazar los ataques del enemigo. No se trata, sin embargo, de vivir en estado de sitio, pero tampoco ser ingenuos.

Por último digamos que la piedad, en el contexto de los Padres y Madres del desierto es, mediante el discernimiento, no perderle el rastro al Señor que transita por nuestra vida, en todo lo que nos ayuda para seguirlo más de cerca. Como así también, la persona fuerte espiritualmente es la que discierne la presencia y la acción de Dios y del adversario en los dichos y hechos de la vida, para seguir al primero y rechazar al segundo. La débil, por el contrario, es la que fácilmente cae en confusión al no percatarse de los términos entre los que está confundida, ni diferenciarlos, y tomar en consecuencia decisiones equivocadas, puesto que no existe decidirse “por nada” o pretender ser neutrales. Y, por supuesto, la tentación peor de todas es la que se presenta bajo apariencia de bien, porque es muy difícil sacar a la persona de tal situación.

Conclusión

La sabiduría espiritual en las Madres del desierto deja al descubierto que de nada vale la perfección de medios con que cuenta quince siglos después de ellas nuestra civilización, si al mismo tiempo estamos cultural y moralmente confundidos en los objetivos, por no recurrir, gracias al peor subdesarrollo de todos, a un parámetro trascendente que ayude a diferenciar en nuestros corazones los términos existenciales en conflicto. Esos mismos que luego se concretan en conflictos macrosociales y mundiales.

La ausencia de dicho parámetro, excluido poco a poco cada vez más, sobre todo a partir de fines del siglo XVIII en Europa, nos hace vivir hoy en el “todo vale” o ley de la jungla, una manera de mentirse el hombre a sí mismo, origen de sus confusiones y de los engaños en que miserablemente cae, a lo largo de la historia una y otra vez, a manos del “padre de la mentira” (*Jn* 8, 44), enemigo de la naturaleza humana.

No se justifica pues de ninguna manera, como no lo hacemos con los Padres, dejar de lado la sabiduría espiritual en las Madres del desierto, puesto que además ponen al descubierto, por medio de ella, que algunas estaban adelantadas en quince siglos, al hacernos ver que lo psicológico sin lo espiritual, más en concreto sin el discernimiento, se queda a mitad de camino para salir de la confusión, por girar con análisis en torno a sí mismo, sin ayudar al mismo tiempo, con síntesis o tomas de decisión, a crecer y madurar como personas humanas y en la fe, que es esa decisión. Crecimiento y maduración que el adversario trata de impedir, pero que no logra si discernimos los términos en conflicto y nos decidimos por lo claro, distinto y cabal, y no por lo contrario, confuso, perturbador y desconcertante.

Sarandí 65

1081 Buenos Aires

Argentina